



En primer término, las ruinas de un templo fenicio del III milenio a. de J. C.; a la izquierda, el llamado templo de los Obeliscos, y al fondo, las afueras de la moderna ciudad de Gebeil (antigua Biblos), sobre un promontorio de las estribaciones del Líbano.

Navegantes y mercaderes fenicios. Invención del alfabeto

Hemos tratado de explicar en los capítulos anteriores la entrada de los pueblos semíticos en el escenario de la Historia. Hemos visto un primer aspecto de la raza semítica en las conquistas de Asiria, con sus caracteres de crueldad y de despotismo. El pueblo hebreo nos ha presentado otra faceta del espíritu semítico: su empeño en investigar el porqué de la Creación y el problema del bien y del mal. Vamos ahora a estudiar en los fenicios, otra rama de la misma raza, sus aptitudes prácticas para el comercio y

su adaptabilidad al modo de ser de los otros pueblos, para mejor descubrir sus flaquezas y explotarlos traficando.

El lector habrá advertido, sin embargo, que, por el afán de facilitarle la comprensión de los fenómenos históricos, hemos acaso acentuado la nota, simplificando demasiado el carácter de las naciones de que hemos tratado anteriormente. La crueldad, por ejemplo, no es exclusiva de Asiria. David y Salomón, si hubiesen podido disponer de ejércitos, hubieran sido tan crueles como

Teglatfalasar, y en las conquistas de Asiria había también sus razones económicas. Al lado del *tartán* o visir, que marchaba a castigar a los rebeldes, debían de ir forzosamente los mercaderes para comprar el botín. El establecimiento de la capital en Nínive (que hubo de ser fatal para Asiria) obedeció al propósito de estar cerca de los vados del Eufrates y de las rutas comerciales, que pasaban más al Norte. Los mercaderes de Mesopotamia y de Asiria debieron de anticiparse a los fenicios en muchas de las prácticas del comercio. Entre las tabletas babilónicas encontradas en Nippur, hállase el archivo

de una familia de banqueros, los Egibi, que durante varios siglos aumentaron su fortuna prestando dinero y traficando. Este es un ejemplo vivo de una familia de negociantes semitas en que va pasando la gerencia de padres a hijos; además, el Código de Hammurabi, al regular las transacciones, da idea de la importancia del comercio en Babilonia.

Sin embargo, sólo los fenicios hicieron del comercio la base de su política, y con tanto éxito se dedicaron a la navegación, que llegaron a ser considerados como los indispensables especialistas a quienes tenía que

LA CIVILIZACION DE UGARIT

Como tantísimas veces ha ocurrido, un hallazgo casual abrió las páginas de un nuevo capítulo de la historia, que había de revelar la existencia y numerosos aspectos de una ciudad-estado del litoral del Mediterráneo oriental, cuyas vicisitudes habían quedado sepultadas en el olvido.

Por el año 1928, mientras araba un campo, un labrador tropezó con un objeto duro, luego identificado como la bóveda de una tumba. Esto ocurría en Ras Shamra, un pequeño promontorio de escasos metros de altitud y poblado de hinojo situado en la costa de la antigua Fenicia, a unos 12 km al norte de la ciudad de Latakia (Siria). Este hecho fortuito fue el inicio de una larga serie de campañas de excavación, realizadas año tras año y sólo interrumpidas durante los difíciles días de la segunda guerra mundial. Los materiales procedentes de estas campañas, debidamente estudiados, han permitido conocer e ilustrar la civilización de Ugarit —éste era el nombre antiguo de la ciudad-estado—, de la que hasta entonces sólo se tenían sumarias referencias en documentos egipcios, hititas y mesopotámicos. Y no sólo se ha logrado reconstruir la vida material, sino que, como consecuencia de los hallazgos, la lingüística se ha visto enriquecida con el conocimiento de una nueva lengua semítica y, lo que es más importante aún, la historia cultural dispone ahora de una abundante cosecha de textos literario-religiosos de aquellos lejanos tiempos, que nos permiten ahondar en la vida espiritual de los semitas no judíos y aclarar aspectos del texto y del contexto bíblicos.

Las cuidadosas excavaciones, realizadas siguiendo los métodos más modernos, han revelado la existencia de cinco estratos sucesivos de ocupación, que demuestran que la ciudad, habitada desde el VI milenio a. de J. C., contó inintermittentemente con pobladores semitas a partir del III milenio. Pero la riqueza arqueológica no es la misma en todos los estratos, lo que quiere decir que la reconstrucción de la realidad histórica de la localidad no

puede hacerse con la misma abundancia de detalles en todos sus momentos. El período más importante corresponde aproximadamente a los dos siglos que median entre los años 1550 y 1360 a. de J. C., fecha en que un terremoto y un vasto incendio interrumpieron el florecimiento de la ciudad. Reconstruida más tarde, gozó de nueva prosperidad hasta que los pueblos del mar la destruyeron definitivamente hacia el año 1200 a. de J. C.

Ugarit fue uno de los más notables de los muchos emporios comerciales de la costa fenicia, una ciudad cosmopolita regida por semitas, pero en la que vivían o acudían temporalmente comerciantes y artesanos procedentes de las islas griegas del Egeo, de Chipre y de toda el Asia Anterior, que contribuyeron a hacer de ella un importante centro internacional del comercio de la madera y, sobre todo, de la púrpura, el precioso material tintóreo extraído de un molusco.

Entre los principales restos sacados a la luz por las piquetas de los arqueólogos figuran dos templos dedicados, respectivamente, a los dioses del panteón "fenicio" Baal y Dagón, así como la casa del sumo sacerdote, la biblioteca del templo y un hermoso palacio real, cuyas columnas tenían las basas parcialmente recubiertas de plata. También se han hallado numerosísimas casas señoriales, de hábil arquitectura (incluso dotadas de sistema de alcantarillado), debajo de las cuales solían construirse tumbas. El ajuar encontrado en estos edificios era muy rico y variado, sobresaliendo piezas de orfebrería (pendientes, joyas y dos magníficos cuencos de oro), así como marfiles, estatuillas de bronce y mucha cerámica local y de importación.

Y, sin embargo, todo este material, pese a su riqueza, ha perdido importancia tras el hallazgo de infinidad de tablillas de arcilla grabadas con textos redactados en siete lenguas distintas, una de ellas desconocida hasta su descubrimiento: la ugarítica. Aunque escrita en caracteres

cuneiformes, los estudios han revelado que la ugarítica es una lengua semítica del grupo cananeo, la más antigua de las alfabéticas, emparentada principalmente con el fenicio, y que ha sido de inapreciable ayuda para la interpretación del hebreo y de pasajes oscuros del Antiguo Testamento. Pero la destrucción de la ciudad fue causa de que el alfabeto ugarítico, de amplio uso durante cierto tiempo (incluso se han hallado inscripciones en Palestina), no pudiera consolidarse, a diferencia de lo que había de ocurrir con el alfabeto fenicio, del que, en última instancia, deriva el nuestro.

Los textos contenidos en las tablillas son muy variados: documentos administrativos y comerciales, listas genealógicas y de ofrendas, letanías de conjuros, noticias sobre enfermedades de los caballos y cartas (por ejemplo, del rey Niqmad de Ugarit al hitita Shuppiluliuma). Pero la parte más importante está constituida por los textos religioso-literarios, correspondientes a tres ciclos principales. El primero de ellos se refiere a la historia de Baal, el dios de la lluvia y de la fertilidad, que vence al dios marino Yam y es vencido y muerto por Mot, dios de la sequía estival, para resucitar más tarde con la ayuda de su hermana Anat. Un segundo ciclo relata la leyenda de Aqhat, hijo de Danel, que halla la muerte a manos de la diosa Anat, que a continuación siente remordimientos por tal acción. El tercer ciclo, el del rey Keret, narra sucesos humanos: la victoria militar de Keret sobre su rival el rey Pabel y la lucha de Keret para evitar que su propio hijo le destruya.

Si bien estos relatos no influyeron directamente en los bíblicos, ciertos episodios de ellos permiten aclarar discutidos pasajes de la Biblia, como, por ejemplo, la lucha de Yahvé contra el monstruo marino Leviatán (mencionada en los Salmos y en el profeta Isaías), la prohibición de cocer un cabrito en la leche de su madre, etcétera.

D. R.

acudirse para todos los negocios marítimos. Ya hemos visto a Salomón asociado a un monarca fenicio para sus negocios con el Extremo Oriente. Los faraones recurrían a los fenicios para construir y organizar sus armadas. Darío, Jerjes y Alejandro se valieron de los marineros fenicios para sus empresas en la paz y en la guerra. La naturaleza del país ocupado por los fenicios parecía obligarles a lanzarse al mar en busca de aventuras. Habíanse establecido más al norte de Palestina, pero las montañas estaban allí tan cerca del mar, que no había sitio para sus ciudades y cultivos. Las dos



Ruinas de la antigua ciudad fenicia de Ugarit, descubierta accidentalmente en 1929, cuya excavación evidenció el palacio real y el famoso archivo con miles de tablillas.

cordilleras paralelas del Líbano y del Anti-Líbano, con la estrecha faja de la costa, puede decirse que constituyen toda Fenicia. Estas dos sierras altas estaban en la antigüedad cubiertas de bosques de cedros y cipreses, árboles los más preciosos para construcciones navales, porque proporcionan maderas incorruptibles. Los faraones tenían gran empeño en procurarse estas maderas para sus embarcaciones de recreo y las barcas sagradas para los dioses, y ya hemos visto que Salomón tuvo que importar de Fenicia las vigas para sus construcciones de Jerusalén. Así Fenicia, que no podía produ-

Estatuilla de bronce chapada en oro y plata del II milenio a. de J. C. proveniente de las excavaciones de Ras Shamra (antigua Ugarit) (Museo del Louvre, París). Probablemente se trata de una representación del dios Baal, pues parece tener los brazos en actitud de sostener una espada y un rayo solar, los símbolos del dios.





Reconstrucción de un carro votivo fenicio del III milenio antes de J. C. hallado en las ruinas de Ugarit, en la costa de la actual Siria (Museo del Louvre, París).

cir frutos para exportar, tenía en cambio la madera, tan escasa en todo el Oriente. La costa debía de ser forzosamente un vasto arsenal, y sus habitantes, marineros desde su nacimiento.

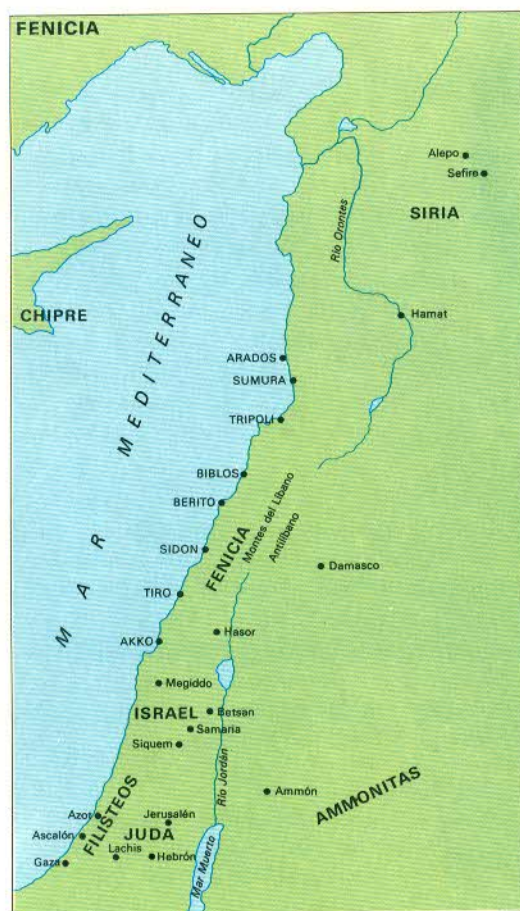
Conocemos muy poco de la historia de los fenicios; a diferencia del pueblo de Israel, se ha conservado poco, o casi nada, de

sus libros históricos y religiosos. Fragmentos de una compilación tardía, del siglo II antes de J. C., hecha por un tal Filón-Biblo, nos han transmitido algunas tradiciones fenicias. Pero aunque Filón manifiesta haber aprovechado los escritos de un sacerdote fenicio llamado Sanchuniatón, ni éste era mucho más antiguo que Filón ni tenía Filón un espíritu bastante imparcial para comprender al sacerdote fenicio. Filón era partidario fanático de ciertas ideas filosóficas helenísticas, que pretendía probar con ayuda de la mitología fenicia. Además, tampoco el texto de Filón se ha conservado; sólo tenemos algunos fragmentos que cita Eusebio, de manera que poco o nada se puede esperar de una información que ha pasado por tres diferentes traductores o intérpretes. ¡Causa pena considerar en qué pobres materiales se funda la Historia! He aquí el secular pasado de todo un pueblo, que tuvo gran influencia en la antigüedad y al que debemos preciosos inventos, perdido en el naufragio de las edades. De toda su historia sólo nos han llegado, como un eco lejano, los párrafos que Eusebio copia del libro que, a su vez, Filón compiló en griego de los originales semíticos. Así y todo, he aquí un fragmento de Filón:

“En el principio fue un caos oscuro y tempestuoso, sin límites y de infinita duración. Al cabo, este aire se enamoró de ciertos principios elementales de sí mismo y se realizó una unión que fue el origen de la creación de todas las cosas. Pero aunque no hubo intención consciente de este acto creador, con su abrazo el viento engendró lo que unos llaman fermento, otros putrefacción, y de ésta salieron las semillas de lo creado y la generación del universo...”.

La mitología y la cosmografía de los primitivos fenicios están en vías de aclararse con el hallazgo de un sinnúmero de tabletas cuneiformes en las excavaciones de una ciudad de la costa llamada Ras Shamra y que los antiguos llamaban Ugarit. Como las tabletas no forman un cuerpo organizado de doctrina ni pueden ponerse en serie cronológica, no sirven para establecer ni los fundamentos de la religión fenicia hacia el año 2000, que es la época de Ras Shamra; pero ya podemos decir que era muy distinta de la divulgada por Filón.

En las tabletas de Ras Shamra encontramos preces, imprecaciones y conjuros a divinidades que después se convertirán en los Baalims y Astartés fenicios. Aunque no hay manera todavía de establecer una jerarquía celeste ni fijar la participación de cada uno de los dioses en el régimen del bien y el mal en la Creación, o dicho de otro modo, no podemos concretar hoy por hoy el “sistema





Sarcófago real del II milenio antes de J. C. aparecido en las cercanías de la antigua Biblos.

Diosa de bronce del I milenio antes de J. C. con algunas partes de plata (Museo del Louvre, París). Aunque la escultura fue hecha y hallada en Fenicia, tiene un marcado influjo egipcio.



del mundo" fenicio, las tabletas de Ras Shamra permiten esperar que se podrá sistematizar su mitología prehistórica.

Los fenicios llegaron a la costa oriental del Mediterráneo con el gran movimiento de pueblos que trajo a los semitas a Canaán, hacia el año 2400 a. de J. C. Hablaban una lengua semítica muy poco diferenciada de la de los cananeos y sin ningún vestigio de otro lenguaje anterior.

La Biblia, en el *Génesis*, llama a Fenicia el primogénito de Canaán. Sin embargo, una tradición, confirmada por las excavaciones, supone que la más antigua ciudad fenicia fue Biblos o Gebal. Los nombres de sus principales ciudades son semíticos: Sidón, por ejemplo, quiere decir "pesquería"; Tiro viene de la palabra fenicia *Tsor*, que quiere decir "roca". Los fenicios se consideraban originarios del golfo Pérsico, donde habitaban aún los descendientes de sus antepasados, y los generales de Alejandro encontraron unas islas, llamadas de Tylo, en el Oriente, que creyeron eran el lugar de donde procedían los fenicios. Pero lo más probable es que los generales y exploradores de Alejandro se equivocaran, del propio modo que los conquistadores españoles creían encontrar en América a los descen-

dientes de los visigodos que se escaparon por mar a la llegada de los árabes a España.

Sea cual fuere su origen, los fenicios se identificaron de tal manera con los otros pueblos semíticos que les rodeaban por el Norte, por el Este y por el Sur, que en realidad pueden considerarse como pueblo semítico sin vacilación. Se comprende que en su emigración debían de ir divididos en tribus o familias, como los judíos. Al llegar a la costa, en vez de dedicarse, como otros semitas del interior, al pastoreo, se lanzaron a la pesca y poco a poco llegaron a ser maestros en el arte de la navegación; pero no teniendo que defenderse de enemigos interiores (porque el Líbano los protegía suficientemente), conservaron su organización en tribus, más o menos disimulada bajo la forma de monarquías locales o repúblicas municipales. Las ciudades fenicias eran, pues, otra forma de la tribu; nunca se congregaron para constituir un estado, y así puede decirse que Fenicia nunca tuvo capital. Aunque Biblos traficó desde el principio con los egipcios, los primeros en emprender navegaciones de altura fueron los sidonios, pues así la Biblia como Homero dan aún el nombre de sidonios a los fenicios en general. Para el templo de Jerusalén se dice que

Máscara funeraria de oro del I milenio a. de J. C. procedente de las excavaciones de Biblos (Museo del Louvre, París).



Vista parcial de la moderna ciudad de Gebeil con el puerto fenicio de Biblos al fondo. En la antigüedad fue el centro comercial del Mediterráneo oriental, debido, sobre todo, a la exportación de madera del Líbano, que se embarcaba en este puerto.

se enviaron a buscar carpinteros fenicios, "porque —dice el texto— nadie sabe trabajar la madera como los sidonios". Y esto es más de notar por cuanto, en realidad, no eran fenicios de Sidón, sino de Tiro, los artesanos que fueron a Jerusalén, pero sidonio era ya un nombre genérico. Lo mismo podría-

mos decir de Homero. Al redactarse los poemas homéricos, la decadencia de Sidón había comenzado ya, y era la ciudad de Tiro la que tenía la iniciativa del comercio fenicio.

Sidón es hoy un pequeño pueblo de pescadores en la lengua de tierra donde estaba la ciudad antigua, cuyos suburbios se extendían por el llano vecino, y eran famosos sus cultivos y jardines. El puerto estaba formado por una línea de arrecifes que hoy dificultan más que ayudan a la navegación.

Tiro estaba en una isla, distante poco más de medio kilómetro de la costa (cuarenta pasos dice Plinio). Como faltaba espacio en Tiro, dice Estrabón que las casas eran muy altas y tenían más pisos que las de Roma. Además del agua de las cisternas, sus habitantes bebían el agua que les llevaban en botes desde tierra firme. Tiro tenía dos puertos, uno al Norte, que todavía subsiste, llamado puerto sidonio, y otro al Sur, el puerto egipcio, cegado hoy por las arenas. Una gran parte de la isla la ocupaba el templo de Hércules-Melkart, que era un vasto recinto donde, además de los lugares para el culto, debía de haber edificios para la administración civil y la justicia, algo así como





Pectoral de oro de estilo egipcio hallado en una tumba de la necrópolis de Biblos (Museo del Louvre, París).

las lonjas de mar de la Edad Media. El nombre de Hércules-Melkart es el que le daban los griegos; los fenicios le llamaban Melkart-Baal-Tsor, o sea Melkart-el-señor-de-Tiro. La Biblia le llama Moloch. Melkart debía de favorecer la navegación y el comercio; por esto los griegos lo identificaron con el andariego y cosmopolita Hércules. Pero Melkart empezó como un Baal semita; las colonias le enviaban presentes y los navegantes apresuraban su viaje para llegar al tiempo de las grandes fiestas que cada año se celebraban en Tiro en su honor. Para contentarle, sus devotos tenían que sacrificarle lo que más estimaban, generalmente los primogénitos.

Las ciudades fenicias se gobernaban por un consejo de ancianos que delegaban su autoridad en varios de ellos, llamados *sufetas* o magistrados. A veces, una familia conseguía imponer una especie de dictadura por algún tiempo y, como en Venecia más tarde, durante varias generaciones la suprema magistratura pasaba de padres a hijos. Esto despertaba celos y se formaba una oposición, que con el tiempo hacía pasar el mando a la familia rival. Así por lo menos ocurría en Cartago, una colonia de Tiro cuya historia y administración conocemos mejor. Así ocurrió también más tarde en las ciudades del Báltico que llamamos *hanseáticas*. Las repúblicas de comerciantes parecen tener que organizarse fatalmente a la manera que lo hicieron Tiro y Sidón. En el fondo, la monarquía puramente nominal de Inglaterra, desde el siglo XVIII, no ha sido más que una aristocracia con dos grupos sociales que se suceden en el poder.

Acaso la razón de no adoptar francamente la monarquía las comunidades de mercaderes sea cierto desdén que muestran siempre los ricos hacia el gobierno, que saben que pueden comprar con sus tesoros.

¿Para qué un título de rey, cuando se dispone del poder sin su responsabilidad ni sus molestias? No obstante, en ciertas ocasiones aparecen en Tiro y Sidón efímeras dinastías. Hiram, el rey de Tiro amigo de Salomón, era ya hijo de un primer monarca, Aben-Baal, o hijo de Baal; pero el nieto de

LA SOCIEDAD UGARITICA

Los documentos de carácter jurídico conservados en gran número en Ugarit permiten una reconstrucción de la sociedad local, que puede considerarse ejemplo válido, en líneas generales, de la Siria de los siglos XIV-XII a. de J. C.

En Ugarit, la población libre —había también esclavos— estaba dividida en dos grandes categorías. Esta división bipartita tenía su paralelo en la propiedad de la tierra.

LOS HOMBRES DEL REY

Eran personas que dependían directamente del soberano, a quien prestaban un servicio a cambio del cual obtenían los medios de sostenimiento, a veces en forma de feudo. Entre ellos figuraban los funcionarios civiles en sus diversas categorías: militares, artesanos, comerciantes y clero.

TIERRAS DEL REY

Asignadas por el monarca en usufructo a sus dependientes; normalmente la asignación de cierto feudo estaba en relación directa con el ejercicio de una determinada función dentro del estado, pero en la práctica diversas exenciones concedidas por el rey habían alterado la situación, dando lugar, aunque no se conoce bien su importancia real, a una nobleza independiente del rey.

HOMBRES INDEPENDIENTES

Estaban agrupados en numerosas comunidades territoriales, a cuyo frente se hallaba un síndico. Todo el territorio estaba regido por un gobernador.

PROPIEDAD PRIVADA

Aunque los ciudadanos libres podían disponer de tierras, que frecuentemente eran objeto de venta, estos traspasos de propiedad eran registrados en los documentos regios, en los cuales la venta aparecía como un acto realizado por el soberano, el cual quitaba a un súbdito su propiedad para concederla a otro. El hecho de que el nuevo propietario pagara al antiguo el precio del terreno revela la situación real del contrato, pero la fórmula debe proceder de una época anterior, en la cual toda la tierra era del rey.

El paso de la posesión de la tierra del rey a los ciudadanos libres, la notable autonomía de la nobleza, la constitución de grandes fortunas privadas derivadas del comercio, el uso de milicias mercenarias, hacen de la ugarítica una sociedad de tipo feudal en vías de disgregación y evolución hacia formas más variadas y libres.

Vista parcial de la acrópolis fenicia de Biblos.



LA INVENCIÓN DEL ALFABETO

Utilización por babilonios y egipcios de sistemas de transcripción silábica.

De manera esporádica, utilización de signos con valor consonántico.

Siglo XIV a. de J. C.: textos de Ugarit en Canaán. Se utilizan para la escritura treinta signos de carácter cuneiforme, adaptados al trazado sobre arcilla, pero con valor consonántico. Hipótesis: el sistema semita de equivalencia silábica se habría transformado en consonántico por la supresión de la anotación de determinantes vocálicos, supresión no esencial para la comprensión de las lenguas semitas.

Siglos XIII-XII: sarcófago de Ahiram en Biblos. Inscripción en un alfabeto de veintidós signos, ya el alfabeto fenicio clásico.

Transmisión a Oriente Próximo.

Adopción del alfabeto por los arameos.

Adopción del alfabeto por los hebreos.

Transmisión al mundo egipcio.

Inscripciones en alfabeto fenicio en Chipre (primera mitad del siglo IX).

Inscripciones alfabéticas en Grecia: Creta, Melos (siglo IX).

En algún lugar del sur de Grecia se opera la adaptación de los signos y el sistema alfabético fenicio a la lengua griega: se crean los signos para las vocales, signos especiales para las consonantes no semitas, pero se conserva el orden del alfabeto fenicio y la equivalencia aproximada de sus signos.

Transmisión al occidente europeo.

Transmisión fenicia: inscripciones alfabéticas en Cerdeña (siglos IX-VIII).

Camino griego: los colonos de Calcis que se establecen en Cumas aportan un alfabeto griego perfeccionado (siglo VIII); difusión del alfabeto entre los etruscos y de éstos a los latinos.

Hiram fue asesinado, y una nueva influencia se entronizó con un sacerdote de Astarté llamado Et-Baal. Parece, pues, como si los grandes mercaderes de Tiro abandonaran deliberadamente los cuidados del gobierno a familias sacerdotales que debían de manejar con facilidad. Más tarde reinó en Sidón una dinastía fundada por el llamado Esmunazar, de la cual se conocen también varias generaciones.

Sin embargo, los mercaderes de Tiro y Sidón podían decir, en verdad, que su imperio estaba sobre las olas, no en una pequeña ciudad congestionada de Fenicia. Como los mercaderes venecianos de la Edad Media, estas familias, que eran simples ciudadanos en Tiro y Sidón, tenían grandes factorías allende los mares, posiblemente incluso islas enteras, en las que eran amos absolutos. Regresaban a su ciudad de origen en épocas regulares de descanso, con lo exótico de los países lejanos reflejado en sus hábitos y vestidos. He aquí unas cuantas líneas de la famosa descripción de Tiro que hace Ezequiel:

“Tú has dicho, ¡oh Tiro!, yo soy perfecta de bella. – Tus bordas están en el corazón del mar, – tus constructores te han hecho hermosa, – te han hecho de tablones de pino, – y de los cedros del Líbano han labrado un mástil para ti. – De los robles de Moab han hecho los remos, – y los bancos están decorados de marfil...”

“...Los habitantes de Sidón y Arvad (otra antigua ciudad fenicia) se han hecho tus remeros, tus hijos son los pilotos, y los hom-

bres de Biblos (también en Fenicia) son los calafates”.

Con estos párrafos declaraba la supremacía de Tiro sobre Sidón, Arvad y Biblos, al decir que los tirios son los pilotos; pero Ezequiel continúa con una letanía de los objetos y los países con los cuales Tiro comerciaba. “Tarsis (o sea la Andalucía) es tu comprador por la multitud de sus riquezas. Cambia plata, hierro, estaño y plomo por tus mercancías...” Otros dan en cambio esclavos, vasos de cobre, caballos y mulas; otros, colmillos y ébano. Siria cambia, por artículos manufacturados, esmeraldas, púrpura y alfombras. Judea paga con trigo, miel, aceite y bálsamo. Arabia entrega ganado lanar, especias y oro, etc. He aquí el intercambio de objetos y productos, pues la moneda no se había inventado todavía. Un comercio de esta clase exigía un complicado conocimiento del valor o estimación de las mercancías en los diferentes países y regiones. El mundo, lleno aún de misterios, proporcionaba tesoros a los que conocían

una parte de sus secretos y tenían el valor de afrontar los peligros de la navegación. Surcaban el mar los fenicios en buques de quilla plana, con la proa curvada y un puente doble para dos hileras de remeros. Con estas frágiles barcas penetraron en el océano Indico, cruzaron en todas direcciones el Mediterráneo y hasta se aventuraron en el Atlántico. Debían de haber tenido predecesores en los marineros cretenses; los griegos decían que Minos había fundado una primera talasocracia o imperio de los mares. Pero con las vagas nociones que tenemos de la historia prehelénica, hemos de considerar a los fenicios como los fundadores del comercio marítimo.

Ya hemos visto a Salomón asociado a un fenicio para sus negocios con el Extremo Oriente. Los faraones recurrían también a los fenicios para construir y organizar sus armadas; es famosa la relación que hace Heródoto del viaje de circunnavegación de Africa por los fenicios, por orden del faraón Neco, en el siglo VII a. de J. C. Heródoto cuenta que la flota se refugiaba cada invierno en lugar seguro, donde sembraban trigo, y así, al llegar el buen tiempo, y con nuevas provisiones, emprendían otra etapa del viaje. Es el sistema de vivir sobre el país, que muchos siglos más tarde no supieron practicar los españoles en América, muriendo de hambre por falta de provisiones en los países más ricos del mundo. Es el sistema que no se había practicado hasta ahora en el Ártico, donde los exploradores han aprendido al cabo que debían vivir como los esquimales si querían subsistir en las regiones polares. El viaje de los fenicios alrededor de Africa duró tres años; los buques, que habían partido del mar Rojo, volvieron por el estrecho de Gibraltar, y a su llegada contaron “una historia que otros pueden creer, no yo —dice el superescéptico Heródoto—; esto es, que navegando alrededor de Africa, tenían el sol a mano derecha, o sea al Norte”. Lo cual prueba que los fenicios descendieron, por lo menos, más abajo de la línea ecuatorial, ya que veían el sol en el Norte. Este viaje, cuya iniciativa se debe a los egipcios, probó de modo indudable que



Divinidad femenina del siglo XIII a. de J. C. proveniente de las excavaciones de Ras Shamra, ciudad moderna que ocupa el lugar de la antigua Ugarit (Museo del Louvre, París). El cinturón y el collar de la estatuilla están recubiertos de oro. El resto, de plata.



Parte de una estatua de Osorkón I de Egipto, de fines del siglo X antes de J. C., con una inscripción central de este faraón y otras inscripciones en primitivos caracteres fenicios que hacen referencia a Elibaal, rey de Biblos (Museo del Louvre, París). La pieza procede de las excavaciones de Biblos y mide 60 cm de altura.



Pendiente de oro del siglo XV antes de J. C. procedente de las excavaciones de Ugarit (Museo del Louvre, París).

Africa era un continente rodeado por el océano y se averiguó su forma más o menos exactamente.

El litoral del Atlántico fue explorado con detenimiento más tarde por los fenicios de Cartago. Se ha conservado por milagro el relato de un viaje de los cartagineses a la costa occidental de Africa y no queremos privar al lector del gusto de leerlo en toda su franca ingenuidad:

"Fue decretado por el senado de Cartago (hacia el año 520 a. de J. C.) que Han-nón navegaría más allá de las Columnas de Hércules y fundaría allí colonias. Marchó con sesenta barcos, de cincuenta remos cada uno, y llevando hombres y mujeres en número de treinta mil, con provisiones y artefactos. A los dos días de haber pasado el es-

trecho de Gibraltar, fundamos una ciudad que llamamos Timiaterium. Más allá hay un llano, hasta el cabo de la Libia, cubierto de árboles. Allí construimos un templo a Neptuno y continuamos nuestra marcha al Este, hasta que llegamos a un lago donde había muchos elefantes y otros animales salvajes. Después de un día de navegación más allá de los lagos, fundamos otras ciudades y llegamos al río Lixus (probablemente el Uadi-Draa); en sus márgenes había una tribu de pastores beréberes con rebaños; hicimos con ellos amistad y descansamos allí varios días. Más allá habitan los inhospitalarios etiopes, en un país lleno de montañas y abundante en bestias feroces. Después de tres días de navegación, llegamos a una bahía donde había una isla llamada *Cerné* (la



Plaqueta de marfil que representa una diosa fenicia, probablemente Astarté, entre dos machos cabríos (Museo del Louvre, París). Pertenece al siglo XIII a. de J. C. y procede de las excavaciones de Minet el-Beida, al norte de Ugarit.



desembocadura del río de Oro) y fundamos allí una colonia. Calculamos que este lugar debe de estar a la misma distancia de las Columnas de Hércules desde el Oeste que lo está Cartago desde el Este. Remontamos un río (el Senegal) hasta llegar a un lago con islas. En los bordes de este lago había altas montañas, donde viven salvajes cubiertos de pieles, que nos impidieron desembarcar apedreándonos. De allí fuimos a otro río ancho, lleno de cocodrilos y caballos acuáticos (hipopótamos). De allí regresamos a Cerné y navegamos por el mar otros doce días hacia el Sur. Toda la tierra está habitada por etíopes (negros) que no nos esperaron al desembarcar. Por fin llegamos a unas montañas cubiertas por árboles de maderas odoríferas de diversos colores. Navegando por dos días a lo largo de esta costa montañosa llegamos a un gran golfo que los intérpretes dijeron se llamaba *Cuerno del Oeste* (monte Bisagos). Desembarcamos para hacer aguada, pero nos asustaron los innumerables fuegos que se veían en tierra y el sonido de las flautas, címbalos y tambores, y una

gritería salvaje. Navegamos durante cuatro días, costearo un país lleno de fuego; por la noche, las llamas parecían llegar al cielo. Al hacerse de día llegamos a una montaña que llamamos *Cerro de los Dioses* (monte Sagres), y con tres días más entramos en una bahía que llaman *Cuerno del Sur* (Sierra Leona). En esta bahía hay una isla con un lago, donde hay otra isla llena de gente salvaje, la mayor parte hembras. Sus cuerpos están enteramente cubiertos de pelo y nuestros intérpretes les llamaron *gorilas*. Tratamos de coger a alguno, pero no pudimos atrapar a ningún macho, porque se subían a las rocas y se defendían con piedras. Pero cogimos tres hembras, sólo que al ver que mordían a los que las llevaban, tuvimos que matarlas y, despellejándolas, llevamos sus pieles a Cartago...”

Así acaba el relato de la expedición de Hannón, que, según se dice, hubo de estar depositado en el templo de Moloch, en Cartago. Plinio el Viejo, recordando este viaje de Hannón, dice que por la misma época otro navegante cartaginés, llamado Himil-

Sarcófago de Eshmunazar, rey de Sidón, que ocupó el trono hacia el siglo VI a. de J. C. (Museo del Louvre, París). Como se puede ver por el estilo se trata de un sarcófago egipcio de basalto negro importado por dicho rey y grabado con caracteres fenicios. Procede de las excavaciones de Sidón.



cón, fue enviado a explorar las costas del norte de Europa. Del viaje de Himilcón no tenemos el relato original, pero un poeta pedante del siglo IV, llamado Festo Avieno, escribió unos versos en los que incluyó, bien o mal, la descripción de las costas según el periplo de Himilcón. Así, pues, la literatura fenicia debía de consistir principalmente en documentos geográficos, como los dos interesantes relatos de Hannón y de Himilcón, que se guardarían con gran celo, y esto ha sido la causa de su desaparición. Todas las comunidades de mercaderes han tenido empeño en no divulgar los orígenes de sus ga-

nancias. Los portugueses hicieron lo mismo, guardando el secreto de las islas Molucas, donde obtenían las especias, el clavo y la canela en el siglo XVI. Particularmente el comercio del Atlántico parece haber sido monopolio de estos navegantes semitas.

Se tiene noticia de un buque fenicio que, viendo que una nave romana le seguía de cerca en su viaje por el Atlántico, fue a encallar deliberadamente en un bajo de la costa. Allí pereció también encallada la nave romana con toda su tripulación; sólo pudo salvarse el capitán del buque fenicio, quien llegó por fin a la patria. Al contar su aven-

Pequeña escultura de la época romana que representa un barco fenicio con dos navegantes (Museo del Louvre, París). La colonización fenicia de las costas del Mediterráneo, desde la isla de Chipre a la Gades hispana, fue hecha en barcos de exploradores y comerciantes.



tura, fue recompensado con grandes honores y una indemnización igual al valor del cargamento perdido. Con estratagemas de este género, y haciendo circular falsas noticias de terrores y peligros, los semitas de Tiro y de Cartago apartaron por largos siglos del Atlántico a sus competidores.

Las observaciones náuticas de los pilotos fenicios no se reducían a la geografía de las costas, con las distancias de los puntos

Escultura de una mujer hallada en las ruinas de Sidón (Museo del Louvre, París). Su estilo es de neta influencia egipcia y data, probablemente, de los primeros siglos del I milenio a. de J. C.



más señalados, sino que añadían observaciones de vientos y corrientes favorables o contrarios para la navegación. No sabemos cómo la ciencia náutica de los fenicios pasó por herencia a los griegos, pero es seguro que hubo manuales náuticos redactados por los griegos de la isla de Rodas que contenían en sustancia todo el saber de las gentes de mar del Mediterráneo, empezando por los fenicios. De aquellos manuales deriva el libro titulado *El piloto mediterráneo*, que resume la tradición milenaria de la navegación por el mar interior. Fue indispensable para la navegación de cabotaje de barcos de vela hasta mediados del siglo XIX. Preci-

LA COLONIZACIÓN FENICIA EN EL EGEO Y SICILIA ANTES DEL SIGLO VIII A. DE J. C.

No se poseen textos fenicios sobre la historia de su país. El papel de los fenicios en los acontecimientos orientales, sus circunstancias y vicisitudes políticas, su carácter y civilización nos son conocidos por referencias en escritos griegos, asirios o bíblicos.

La escasez de datos es particularmente sensible en uno de los aspectos más esenciales de la historia de los fenicios: su tarea colonizadora. La hipótesis tradicional sostiene la antigüedad y primacía de la colonización fenicia sobre la griega; las ciudades de Utica y Cádiz habrían sido fundadas antes del año 1000. Igualmente, por esta época los fenicios habrían dominado la navegación por el Egeo e iniciado su penetración en Sicilia.

ESTUDIOS MODERNOS

J. Beloch y Carpenter, apoyándose en el dato arqueológico que supone que la cerámica púnica nunca es anterior al siglo VII, descartan como míticas las fechas de fundación de Utica y Cádiz y la posibilidad de una expansión fenicia por el Egeo o Sicilia anterior al siglo VIII; Cartago, principal ciudad fenicia en Occidente, se habría fundado a finales de este siglo.

W. F. Albright considera supercrítica la visión anterior y señala la presencia de huellas de colonización fenicia en Chipre anteriores al siglo VIII (inscripciones del siglo IX) y aun en Cerdeña (inscripción de Nora, siglo VIII).

La escasez de datos literarios y arqueológicos dificulta la solución de esta cuestión.

El camino tradicional de la colonización fenicia Egeo-Sicilia-Occidente parece que debe descartarse.

El camino meridional de la colonización fenicia por las costas africanas tiene cronológica y cualitativamente una importancia mayor.

CHIPRE

Hubo una colonización fenicia en la isla probablemente desde finales de la edad del bronce, tal como parecen demostrarlo las inscripciones fenicias, las excavaciones y las fuentes literarias.

COSTAS DEL EGEO

A pesar de la firme tradición escrita a favor del origen fenicio de distintas ciudades -Heródoto-, no se han hallado testimonios arqueológicos de tal hecho. Las indudables influencias orientales en el mundo egeo pueden explicarse a partir de contactos comerciales.

SICILIA

No se han encontrado huellas de una dominación fenicia en toda la isla anteriores al siglo VIII y a los griegos.



Cabeza de bronce de un dios solar egipcio hallada en las excavaciones de Trípoli, en la costa del Líbano (Museo del Louvre, París).

sa la hora del día más favorable, según las estaciones, para doblar los cabos, cruzar las bahías, evitar los vientos y soslayar las mareas.

De la manera de comerciar de los fenicios tenemos también referencias en los escritores clásicos. Como todos los comerciantes, eran honrados sólo cuando les tenía cuenta proceder con cierta dosis de moral. ¡Pobre moral, sin embargo, la que se practica solamente porque aprovecha! Para tratar con razas primitivas, no maleadas por una rudimentaria civilización, los fenicios hacían gala de una honorable confianza, porque sabían que, si les engañaban una vez, no podrían engañarles la segunda. Así re-

sulta típico el sistema, que describe Heródoto, adoptado por los cartagineses para traficar con los salvajes de la costa occidental de África. Llegaban allí cada año, en época fija, y depositaban sobre la playa la pacotilla que sabían gustaba a sus bárbaros clientes. Cuando habían extendido sus mercancías en el suelo, los fenicios se embarcaban otra vez; entonces comparecían los salvajes y depositaban, al lado de cada cosa, el oro que creían podía valer. Los fenicios desembarcaban de nuevo, y si no les parecía haber recibido bastante oro, volvían a embarcarse sin tocar ni el oro ni la mercancía. Esto quería decir a los salvajes que debían añadir más metal si querían los objetos, y sólo cuando los fenicios se daban por satisfechos y retiraban el oro, los salvajes acudían a la playa a recoger las mercancías.

Pero la mala fe de los fenicios era proverbial entre los demás pueblos de la antigüedad. En la *Odisea*, un esclavo, porquerizo de Ulises, explica a su amo cómo lo robaron los fenicios y lo vendieron después al padre de Ulises. La historia de Eumeo es como sigue: Eumeo era hijo de un rey, o jefe, de un pueblo de Siria. En su palacio había riquezas de todo género. Un día llegaron a la tierra de Eumeo mercaderes fenicios, "con mil cosas para vender; vinieron como lobos para el lucro, falsos de corazón". Estuvieron allí traficando todo un año, sin establecerse; debían de vivir en un campamento provisional con sus mercancías, cerca del poblado. Durante ese año los mercaderes entraron en relación con una criada fenicia del palacio y prepararon su fuga. Ella marcharía con ellos cuando partiesen, pero se convino que, al escaparse, robaría todo lo que pudiese del oro y la plata de su amo y, lo que es peor aún, al hijo y heredero, que era el propio Eumeo. "El día de la partida, al llegar la noche, la criada, escondiendo tres vasos de oro en su seno y llevándome a mí de la mano —dice Eumeo—, marchó al buque ligero y, una vez embarcados y extendida la vela, no faltó el viento para empujar la nave; seis días y seis noches navegamos, y en el séptimo mi nodriza cayó al mar y los peces la devoraron. Yo quedé llorando. Vientos y olas nos arrastraron hasta Itaca, y aquí Laertes, tu padre, me compró con otras mercancías, para que mis ojos no vieran más que estas rocas y estos bosques..."

Así habla el porquerizo Eumeo a Ulises, y en su historia, ¡cuántas cosas nos dice en pocas palabras! Los fenicios no parecen llevar prisa, dejan a sus clientes que vean las mercancías y se enamoren de ellas. Venden artefactos que pueden resistir la inspección

y aun la prueba del uso todo un año. No debían, pues, de engañar al comprador en la calidad de sus mercancías, y así los objetos fenicios que conocemos son sólidos y los metales de buena ley; pero si en el momento de partir pueden dar un golpe de mano y robar a su cliente, ya entonces "tiene cuenta no ser honrado" y arrebatan al cliente hasta su propio hijo. Es la misma moral de los comerciantes judíos en la Edad Media, orgullosos de la calidad de sus mercancías, pero capaces de aprovecharse de cualquier descuido del comprador. De todos modos, ya se comprenderá que las mercancías fenicias podrán ser objetos de valor, sólidos y hábilmente ejecutados, pero nunca tendrán el refinamiento de las obras de los artistas griegos y egipcios que tratan de imitar.

Además de los buques cargados de mercaderías, verdaderos almacenes flotantes, tenían los fenicios depósitos establecidos en los puntos estratégicos de la costa, *emporia*, que con el tiempo se convirtieron en ciuda-

des. Las gentes de su vecindad eran de las primitivas razas mediterráneas y no parece que los fenicios consiguieran modificarlas mucho con su presencia. El caso más conocido es el de Cartago. Fue fundada por un grupo de descontentos de Tiro, que se marcharon de su patria por motivos políticos, como los escandinavos que fueron más tarde a poblar Islandia, por odio al rey Haroldo. Los emigrados de Tiro desembarcaron en la costa norte de Africa, cerca del lugar donde ya había una factoría de la propia Tiro, llamada Utica. Cuando los colonos de Utica vieron llegar tan lucida cohorte de ciudadanos de su misma patria, ofrecieron ayudarles en la fundación de la *Kart-hadast* o ciudad-nueva, que los griegos llamaron *Karkedon* y los romanos *Cartago*. Los emigrantes de Tiro, al llegar a Cartago, parece que llevaban consigo una personalidad de la más alta aristocracia, que después la leyenda transformó en la reina Dido, fundadora de la ciudad. El asiento de Cartago fue bien elegido. La ciu-



Estela funeraria fenicia del siglo IV a. de J. C. procedente de las excavaciones de la antigua Amrit, en la zona costera al norte de Biblos (Museo del Louvre, París).

LA COLONIZACION DE FENICIA EN EL OCCIDENTE EUROPEO

En los últimos años se han emprendido excavaciones sistemáticas en ciudades y establecimientos fenicios.

COSTA ATLANTICA MARROQUI. Excavaciones en Lixus.

CERDEÑA. Necrópolis de Olbia y Cagliari; ciudades de Nora, Sulcis, Tharros.

SICILIA. Ciudades de Motya y Solunto.

FACTORIAS AFRICANAS. Mogador, Emsa, Sidi Abdselam el-Bebar, cerca de Tetuán. Rachgun en el litoral de Orán.

Gracias a estos estudios es fijada una cronología, generalmente aceptada como válida.

Hacia el año 1000: periodo precolonial. Los fenicios realizarían exploraciones esporádicas e intercambios aislados. No existen factorías ni ciudades.

Siglos VIII-VI: periodo colonial. La penetración fenicia en Occidente alcanza gran intensidad; desarrollo de los núcleos urbanos, fundaciones de factorías. Primeros roces con la colonización griega.

Siglos VI-III: a partir del siglo V no parece haberse fundado más ciudades. La colonización griega y fenicia se penetran mutuamente; ni fronteras rígidas de dominio o influencia ni batallas o enfrentamientos decisivos. La cerámica griega se difunde en los dominios fenicios.

Escisión de la colonización fenicia en dos áreas.

En los núcleos de esta área se encuentran restos arqueológicos y culturales característicos: navajas de afeitar decoradas, máscaras de terracota, monedas con motivos vegetales o zoológicos.

Cartago, Sicilia, Cerdeña, Ibiza.

Hallazgos arqueológicos típicos: cerámica de barniz rojo; las monedas reproducen la cabeza de Hércules o Melkart.

Factorías africanas en el Mediterráneo y el Atlántico.

A partir del siglo III, tras la lucha entre Roma y Cartago y la derrota de ésta, las colonias fenicias se incorporan en parte al mundo romano; algunas colonias de situación periférica se mantienen independientes y se integran cada vez más en las culturas indígenas del continente.



Máscara fenicia que se conserva en el Museo del Louvre, París.

dad nueva levantóse frente a la pequeña bahía de un gran puerto natural, el mejor que puede hallarse en la costa norte de África. La ciudad de Túnez ha crecido sobre las ruinas de Cartago, lo cual prueba que, después de tantos esfuerzos para destruirla, la *Karthadast* ha renacido por las ventajas de su situación. Lo mismo ocurre con Marsella, donde hubo de existir una colonia fenicia antes de establecerse allí los griegos. Mahón, Barcelona, Cartagena, Málaga, Almería, Algeciras y Cádiz fueron factorías de Tiro o de Cartago.

Y hay que reconocer que sabían escoger muy bien los lugares; situada Cádiz en una isla, en la desembocadura del Guadalquivir, enfrente del reino de los tartesios, forzosamente tenía que convertirse en una ciudad floreciente. Era la última etapa de la navegación por los mares conocidos; allí empezaba el temido océano, lleno de peligros. Allí se abastecían las naves para la misteriosa travesía de las islas Casitérides, o sea Inglaterra, adonde iban los fenicios a buscar el estaño, que les era indispensable para la fabricación del bronce. Los bretones de Cornualles cambiaban pieles y estaño a los fenicios por te-

jidos y objetos manufacturados. La púrpura era también casi un secreto de los fenicios: la obtenían de un molusco, el llamado *Murex trunculus*, que secretaba un líquido rojizo que, en lugar de decolorarse con su exposición al sol, más bien aumentaba en brillantez y riqueza de tono.

Los fenicios nunca consiguieron organizarse en un imperio colonial como más tarde el de Roma. No había entre las varias colonias y la madre patria otro vínculo que el puro sentimiento de unidad de raza y las mutuas conveniencias del común tráfico. Se asemejaban, pues, al actual Imperio Británico, en el que las antiguas colonias no tienen más que obligaciones morales para defender a Inglaterra. Pero cuando el soberano persa Cambises quiso obligar a los fenicios de Tiro a atacar a Cartago, éstos se negaron a luchar contra los de su misma raza y el Gran Rey hubo de ceder.

Cerámica fenicia del siglo VII a. de J. C. hallada en la necrópolis de Aczib (Museo de Israel, Jerusalén). En muchas excavaciones fenicias de todo el litoral mediterráneo se han encontrado objetos de idénticas características.



La falta de cohesión política hizo que los fenicios, y más tarde los cartagineses, no se preocuparan mucho de obtener la soberanía sobre los países que económicamente dominaban. Polibio, que vio en los archivos de Roma el tratado del año 509 a. de J. C. entre Roma y Cartago, parece sorprenderse de que los cartagineses se contentaran con ventajas comerciales como las siguientes:

Los romanos no navegarían más allá de Cartago. Los cartagineses no satisfarían derechos de entrada para sus artículos en Cerdeña, "solamente pagarían la tarifa regular del notario y el pregonero"... Luego incurrió Cartago en el error de creer que tenía que conquistar para vender, y el resultado de este nuevo concepto fueron las guerras púnicas, que acabaron con el comercio fenicio.

Con sólo lo que hemos dicho, el lector podrá preguntarse si los navegantes y traficantes fenicios son mercaderes del lugar que les concedemos en este bosquejo de la Historia. Sus viajes ayudaron a conocer la configuración, pero, en cambio, con feroz egoísmo se reservaron sus experiencias para ellos solos. No hicieron arte original; su religión no se aparta mucho de las groseras prácticas y sacrificios de los demás pueblos de Siria, pero dieron al mundo antiguo un tipo de religión o culto que, si no hizo un gran bien, procuró a muchos, deseosos de severo misticismo, un modo de entregarse a su dios. Fue el culto de Adonis. Ya hemos dicho al empezar que la primitiva religión de los fenicios no podía organizarse, hoy por hoy, en una teología o sistema del mundo creado y dirigido por dioses, pero que se preveía que los mitos se concretaban en la pareja de Baal y Astarté, el primero, dios de la vegetación, y la segunda, diosa de la reproducción. Al final de la historia nacional de los fenicios, antes de romanizarse, la pareja se unificó en una Astarté, madre y consorte de su hijo Tamuz, que es el que llamamos Adonis.

La influencia que ejerció en el mundo el culto de Astarté y Tamuz, o Venus y Adonis, fue enorme en la época romana. Los



***Fetich para facilitar los partos,
que representa a una mujer embarazada
sentada en una silla sin respaldo
(Museo de Israel, Jerusalén).***

***La terracota data del siglo V a. de J. C.
y procede de la necrópolis fenicia
de Aczib, al sur de la ciudad de Tiro.***

***Aunque el estilo de la estatuilla
es fenicio, su vestido y su peinado
son claramente egipcios.***

Muestra del arte fenicio procedente de la isla de Chipre, que representa una dama ricamente engalanada de la primera mitad del siglo IV antes de J. C. (Museo del Louvre, París).



Personaje sirofenicio de la primera mitad del II milenio antes de J. C. (Museo del Louvre, París).



adeptos hacían sacrificio de su masculinidad para poder consagrarse más intensamente a la devoción de Adonis. Este era, como su padre-madre, dios de la vegetación. Moría cada año al empezar el invierno y renacía en primavera. Las fiestas de Venus y Adonis se celebraban con todo esplendor en Biblos de Fenicia, pero se imitaban en pequeña escala en todas las colonias. Eran manifestaciones ruidosas de consagración. Las fiestas de Venus y Adonis continuaron celebrándose hasta el siglo III de nuestra era. En Sevilla dos vendedoras de cacharros cristianas fueron martirizadas, y son las santas patronas de la ciudad, porque no quisieron participar en los cultos de Adonis.

En Fenicia, país montañoso y árido, el reaparecer de la vegetación era un milagro; por esto las fuentes que conducían a este renacer eran lugares santos de la pasión de Adonis.

También las letras del alfabeto, que permiten al lector leer y entender este libro, las

debemos a los fenicios. Si ellos no las inventaron, por lo menos las propagaron, y si hubo otros alfabetos más antiguos, ninguno mereció conservarse como el de los fenicios.

Los griegos creían que el alfabeto les había sido enseñado por *Kadmos*, que quiere decir "el oriental". Heródoto añade que los helenos recibieron el alfabeto de los fenicios, cambiando sólo ligeramente la forma de las letras, y Plinio y otros autores antiguos repiten la misma tradición. Además, la prueba decisiva del origen semítico del moderno alfabeto es el nombre de las letras, que todas significan algo en hebreo. A es *alfa* en griego, que no quiere decir nada, y *aleph* en hebreo, que quiere decir buey. B es la *beta* de los griegos, que deriva del hebreo *beth*, casa. G es la *gamma* griega, corrupción del *gimel* hebreo, que significa camello. D es *delta* en griego y *daleth*, o puerta, en hebreo, y así sucesivamente. Cada nombre de letra quiere decir algo en hebreo y no significa nada en griego. Parece, pues, que las formas de las

letras deberían ser la simplificación de viejos jeroglíficos semíticos de buey, casa, camello, puerta, etc.

Y aunque podría ser así, no tenemos ningún resto de escritura fenicia jeroglífica. Las más antiguas inscripciones de los fenicios son unos fragmentos de vasos de bronce con inscripciones del tiempo de Hiram, contemporáneo de David y, por tanto, del año 1000 antes de J. C. El campesino que encontró estos vasos, en 1876, los rompió para vender el



Caja de perfumes del siglo XV antes de J. C. hecha de marfil procedente de las excavaciones de Minet el-Beida (Museo del Louvre, París).



Mosaico proveniente de Siria en que aparece la cabeza de una mujer fenicia (Museo del Louvre, París).

TARTESSOS

En la edad del bronce, sin duda, estaban ya constituidos políticamente algunos de los pueblos de los que tendríamos más tarde testimonio histórico, como son los tartesios, establecidos en Andalucía.

Los testimonios más remotos se refieren a Tartessos, la ciudad que dio vida a la cultura más antigua de Occidente, si se acepta la identificación del Tarshish de que hablan los textos bíblicos del siglo VIII antes de J. C. con el Tartessos español, y aun podrían remontarse al tercer milenio si España fuese Anakuki, la tierra del estaño mencionada en una inscripción asiria hacia el 600 a. de J. C. Estesícoro menciona Tartessos en Occidente; pero es una fuente histórica del siglo VI a. de J. C., el periplo de un navegante masaliota que sirvió de base al poema *Ora marítima* del poeta latino Avieno, la que primero habla de los pueblos de la península.

Andalucía ya era una rica región cultural desde el eneolítico, que había desarrollado una gran civilización megalítica, y la circunstancia de ser la región andaluza el centro cultural de las comunicaciones con el exterior y de contacto con las regiones mineras del interior habría señalado pronto una gran diferenciación cultural entre la población andaluza y las demás zonas. La antigüedad de los tartesios sería remotísima, pues, si aceptamos que ellos habrían sido los constructores de los grandes megalitos andaluces. Este poderoso estado tendría la metalurgia por base de su riqueza y el comercio del estaño llevaría a sus audaces navegantes hasta Galicia e Irlanda.

El Imperio tartesio fue pronto rico en metales —cobre, oro y plata— y su riqueza argentífera se hizo legendaria, desarrollando una importante industria metalúrgica y un gran comercio marítimo. Esta riqueza metalífera atraería, sin duda, a los pueblos celtas portadores del hierro y que a comienzos del primer milenio irrumpen en nuestro país. Tenemos noticias de que varios grupos celtas llegaron a estas paradisíacas tierras meridionales, donde chocaron con las clases dirigentes tartesias, a las que seguramente vencieron, acabando por erigirse en aristocracia dominante, aunque más tarde llegaron a fundirse completamente con la población autóctona.

Pero no tardaron en llegar cerca de Tartessos nuevos colonizadores, los fenicios, que ya habían fundado factorías en las islas del Mediterráneo oriental, aventurándose después hasta Occidente. Para sus necesidades de comercio fundaron una pequeña colonia, Gadir. La actividad comercial entre fenicios y tartesios fue intensa, pero la extensión del dominio fenicio por la costa andaluza parece que dio origen a guerras en las que vencieron los fenicios, quizás en una batalla naval, quedando Tartessos sometido a su influencia. El dominio fenicio quedó más

tarde quebrantado por la difícil situación de Tiro, que fue atacada por los asirios, y los tartesios se aprovechan entonces de esta decadencia para recobrar su antiguo Imperio e imponer su ley a las colonias fenicias.

Hacia el 600 a. de J. C., los focenses son la potencia marítima mediterránea y sus expediciones por mar coinciden con el período de apogeo de Tartessos bajo el rey Argantonio, el cual, según Heródoto, acoge hospitalariamente a los focenses, les ofrece plata para defender su ciudad e incluso tierras en Tartessos. Pero este pacífico comercio no dura mucho. Cartago, fundación fenicia en África, que tiene en Ebusus un punto de apoyo contra la supremacía focense y que desde la caída de Tiro se halla interesado en las actividades de las colonias fenicias españolas, aprovecha la caída de Focea para imponer su hegemonía en Occidente. Para ello corta toda comunicación marítima con Tartessos y vigila celosamente el paso por el estrecho de Gibraltar, siendo inútiles los intentos griegos de alcanzar Tartessos por tierra.

El auge de la potencia cartaginesa será fatal para Tartessos; después de la batalla de Alalia (535 a. de J. C.), los focenses quedaron excluidos del Mediterráneo meridional y el camino para la conquista cartaginesa de Tartessos quedaba abierto; probablemente surgió un conflicto armado entre ambos estados y Cartago cayó sobre el Imperio tartesio, siendo su dominio más duro que el fenicio, y seguramente no sólo ejercieron su hegemonía sobre el viejo Imperio, sino que, sin duda, arrasaron muchas de sus ciudades. El dominio de Cartago sobre el Imperio tar-

tesio, ejercido, sin duda, desde los puntos de apoyo de las antiguas colonias fenicias, debió de coincidir aproximadamente con la extensión del propio reino de Tartessos; éste, en los días de su máximo esplendor, alrededor de los comienzos del primer milenio, sin duda abarcaba todo el valle del Guadalquivir, dominando los grandes centros mineros de Sierra Morena y la cordillera Penibética y la amplia vega bética, que ofrece abundancia de recursos agrícolas y ganaderos; además, en su mejor momento Tartessos debió aliarse y aun dominar una poderosa confederación de pueblos mastienos que alcanzaba hasta la actual provincia de Murcia.

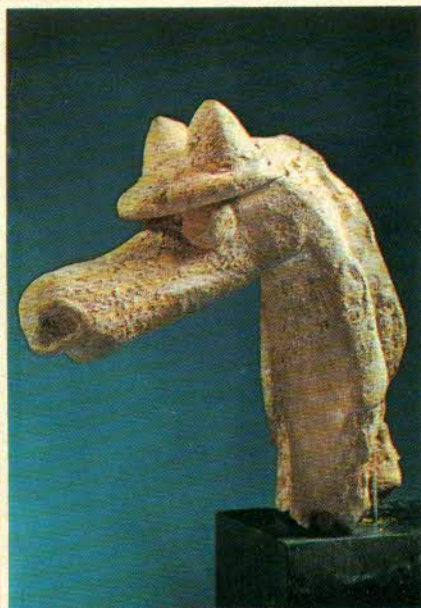
Las fuentes nos han legado algunos nombres reales, pero su historia se ha transmutado en mito, sin que se pueda descubrir en ellos la posible realidad histórica de Theron o Geron, con sus grandes rebaños de bueyes rojos; de Gargoris, el descubridor de la agricultura, de su hijo Habis y de Argantonio, el último rey tartesio, que trató afanosamente de buscar una alianza con los griegos que librara a su tierra del creciente poder cartaginés.

Tal es la historia de Tartessos. Pero ¿dónde estuvo Tartessos? Tal es el problema que ha apasionado a muchos eruditos y entre ellos hemos de destacar la gran figura de Adolf Schulten. Enamorado del pasado español, cual nuevo Schliemann, creía con fe ciega en los textos escritos y el descubrimiento de Tartessos fue la gran ilusión de su vida; basándose, sobre todo, en la *Ora marítima*, intentó localizarlo en las marismas del Guadalquivir, en el llamado Coto de Doña Ana, sin resultados positivos. Otros autores lo han situado en Huelva, en Carmona y en Hasta Regia (Jerez de la Frontera), por citar las más autorizadas hipótesis.

Pero Tartessos guarda, avaro, sus secretos. Quizá no debamos buscar una ciudad, sino un imperio con multitud de ciudades prósperas y libres, cuyos reyes manejaban una inmensa riqueza comerciando con metales preciosos y con una base agrícola y ganadera como sólo las ricas tierras andaluzas pueden proporcionar.

De su cultura tenemos testimonios de autores latinos como Estrabón, que nos hablan de leyes escritas en versos, de grandes poemas y epopeyas, de artistas capaces de labrar las maravillosas joyas del tesoro del Carambolo; quizá cuando podamos descifrar su escritura penetremos más a fondo en los secretos de este pueblo extraño y fascinante, comerciante y artista, minero y poeta, cuyos reyes hicieron de Tartessos un faro de luz en el occidente de Europa, sumido aún en densas tinieblas de incultura.

M. L. V.



Estatuilla fenicia de bronce en forma de soporte de lámpara correspondiente al I milenio a. de J. C. (Museo del Louvre, París). Es innegable el parecido con las estatuas egipcias del mismo tipo.



metal, creyendo que era oro; sólo se rescataron algunos fragmentos con inscripciones que ahora están en el Louvre. Su escritura ya es la clásica semítica, que se lee de derecha a izquierda y con las formas lineales de las letras del alfabeto semítico. Pero en el año 1922 se descubrieron en Biblos de Fenicia los sarcófagos de la necrópolis real, y uno del rey Ahiram, del siglo XIII a. de J. C., tiene ya grabada una larga inscripción en caracteres alfabéticos.

Sin embargo, la inscripción capital del primitivo alfabeto semítico es la del rey Mesha de Moab, también en el Louvre. La descubrió en 1868 un misionero alemán viajando por los llanos de Moab, al este del Jordán. Por fortuna, el misionero tuvo la buena idea de copiar la inscripción. Los árabes que le enseñaron la inscripción creían que era un talismán que favorecía las cosechas.

El prestigio mágico de la inscripción de Mesha dificultó su adquisición por el Museo del Louvre. Los árabes la rompieron, para conservar fragmentos de la piedra, y sólo con el calco que copió el misionero pudo reconstituirse el texto completo. Para comprender el interés histórico de la inscripción de Mesha, basta sólo decir que éste era un enemigo de los hebreos y las campañas que conmemora están también recordadas en la Biblia. He aquí el suceso recordado en el Libro de los Reyes y en la inscripción de Mesha. Mesha era un rey de Moab que, encerrado en su capital, se defendía de un largo sitio de sus enemigos judíos. Un día, desde el campo de los sitiadores se observó que subía al cielo una espesa columna de

Perfumarios púnicos de pasta de vidrio procedentes de Ibiza (Museo Arqueológico, Barcelona).



Bronce fenicio de estilo egipcio de la primera mitad del I milenio a. de J. C. que representa una divinidad femenina (Museo del Louvre, París).



humo. Por el olor, los judíos comprendieron que Mesha y el pueblo de Moab estaban haciendo una hecatombe, sacrificio que consistía en quemar niños en honor de su dios Baal. Los judíos temieron que con aquel sacrificio el dios de Moab, satisfecho, ayudaría a Mesha y que los judíos estarían en inferioridad porque su Baal no había recibido tan sangrienta ofrenda, y levantaron el sitio. Para la historia del alfabeto, la inscripción de Mesha es la piedra fundamental. Aquel príncipe cananeo, de raza análoga a la de los fenicios, levanta un monumento conmemorativo en el siglo IX a. de J. C. No graba la inscripción en caracteres cuneiformes asirios ni en jeroglíficos egipcios, sino en magníficos tipos lineales, cada uno representando un sonido; en una palabra, el rey Mesha de Moab usa ya el alfabeto como nosotros.

No hay, pues, ninguna duda. Los fenicios, si no inventaron el alfabeto, fueron los primeros en usarlo; en este punto, los descubrimientos han comprobado también la tradición.

Pero ya los mismos fenicios, según escribe Eusebio, confesaban que en la invención del alfabeto no habían hecho más que simplificar y mejorar lo que otros habían inventado. Cosa que está muy en carácter con el espíritu de los fenicios, pues ya hemos visto que también en arte no hicieron más que industrializar los tipos que crearon otros pueblos con quienes comerciaban. Concedido, pues, que en la invención del alfabeto los fenicios no hicieron más que convertir en práctico, universal y manejable lo que "otros" descubrieron, el problema ahora es: ¿quiénes fueron estos "otros"? Los fenicios estaban rodeados de cuatro pueblos que tenían escrituras jeroglíficas o cuneiformes: éstos eran los hititas por el Norte, los semitas de Mesopotamia por el Este, los egipcios por el Sur y los pueblos minoicos o cretenses por el Oeste. ¿Cuál de éstos fue el que empezó a simplificar los signos para finalmente reducirlos a los simples sonidos de vocales y consonantes?

Por de pronto, hay que descartar a los hititas; sus jeroglíficos son de una bárbara complicación. Los signos cuneiformes de Asiria y Babilonia no tienen relación ninguna con los signos alfabéticos; son signos silábicos, y no se encuentra en Babilonia ninguna escritura *cursiva* o abreviada para reducirlos a sonidos simples. Egipto es el que hasta hace poco se ha supuesto ser el creador de tipos lineales, de los que los fenicios escogieron unos cuantos para el alfabeto. Había en Egipto, además de la escritura monumental de los jeroglíficos, otra escritura cursiva, llamada *escritura hierática*, que, como



la taquigrafía moderna, dibujaba los jeroglíficos, abreviándolos. Los simples trazos de pluma de la escritura hierática parecerán signos alfabéticos a los no iniciados, como una especie de escritura árabe. Pero no es así; los signos hieráticos de Egipto son tantos como los jeroglíficos.

Sin embargo, se han descubierto en las minas de turquesas del Sinaí, que explotaban los egipcios, inscripciones de los capataces de las minas, que eran semitas, cuyos caracteres, extraídos de la escritura cursiva egipcia, son de gran simplicidad. Se reducen a líneas que podían satisfacer las necesidades de apuntes de los mineros. Traficando por el Sinaí, los fenicios pudieron admirar aquel sistema de signos que empleaban gentes de su misma raza. De todos modos, es posible que los pueblos de la costa norte de África tuvieran un reducido número de signos lineales con los que se comunicaran sólo cosas elementales; acaso los pueblos de Tartesia, o Andalucía, tuvieran jeroglíficos esquemáticos que inspiraran el alfabeto a los fenicios...

No sabemos, pues, de dónde pudo venir el primer impulso de reducir los sonidos humanos a un corto número de voces, que son las letras. Pero lo que sí parece es que los signos que los fenicios tomaron por modelo serían mucho más numerosos: los pueblos primitivos tienen muchas más vocales y aun más letras que nosotros.

El hecho de simplificar y escoger los sonidos esenciales es ya por sí solo un invento de gran importancia. Y cuando se piensa que con sólo dos docenas de símbolos nos entendemos y comunicamos con todos los pueblos de la tierra, el hecho ciertamente produce asombro. La humanidad debería mostrarse reconocida al escriba o tenedor de libros fenicio que, trabajando en la soledad de una factoría, en el desierto acaso, para abreviar sus inventarios empezó a usar unos cuantos signos lineales, que sirven hoy para recoger y perpetuar sobre la tierra las más altas manifestaciones del espíritu, facilitando la relación entre los hombres.

Tapa de un sarcófago antropomorfo fenicio hallado en las ruinas de Gades, antigua colonia fenicia ubicada en el emplazamiento de la moderna Cádiz (Museo de Cádiz).



Estatuilla púnica hallada en el Puig des Molins, Ibiza (Museo Arqueológico, Barcelona). La influencia fenicia en la península Ibérica es la primera de que tenemos noticia.

BIBLIOGRAFIA

Autran, V.	<i>Les Phéniciens</i> , París, 1920.
Bérard, V.	<i>Les phéniciens et l'Odysée</i> , París, 1902-1903.
Contenau, G.	<i>La civilisation phénicienne</i> , París, 1949.
Culican, W.	<i>The first Merchant Venturers</i> , Thames-Hudson, 1967.
De Langhe, R.	<i>Les textes de Ras Shamra-Ugarit et leurs rapports avec le milieu biblique de l'Ancient Testament</i> , París, 1945 (2 vols.).
Diringer, D.	<i>The Alphabet. A key to the history of mankind</i> , Londres, 1953.
Driver, G. R.	<i>Semitic writing from pictograph to alphabet</i> , Londres, 1954.
Dussaud, R.	<i>Les civilisations préhelléniques dans le bassin de la mer Egée</i> , París, 1914. – <i>Les découvertes de Ras Shamra (Ugarit) et l'Ancient Testament</i> , París, 1941 (2.ª ed.). – <i>L'art phénicien du II^e millénaire</i> , París, 1949.
Février, J.	<i>Histoire de l'écriture</i> , París, 1948.
Flaubert, G.	<i>Salambô</i> , París, 1862.
Fleming, W. B.	<i>History of Tyre</i> , Nueva York, 1915.
García y Bellido, A.	<i>Fenicios y cartagineses en Occidente</i> , Madrid, 1942.
Gordon, C. H.	<i>Ugaritic literature</i> , Roma, 1949.
Harden, D.	<i>Los fenicios</i> , Barcelona, 1967.
Hours-Miedan, M.	<i>Carthage</i> , París, 1949.
Kenrick, J.	<i>Phoenicia</i> , Londres, 1855.
Maluquer de Motes, J., y otros	<i>Tartessos</i> , Barcelona, 1970.
Mazel, J.	<i>Avec les phéniciens à la poursuite du soleil sur la route de l'or et de l'étain</i> , París, 1968.
Moscatti, S.	<i>Il mondo dei fenici</i> , Milán, 1966.
Picard, C.	<i>Carthage</i> , París, 1951.
Warmington, E. H., y Cary, M.	<i>The Ancient Explorers</i> , Londres, 1929.
Weill, R.	<i>La Phénicie et l'Asie Occidentale</i> , París, 1939.
Wright, G. H.	<i>The Bible and the Ancient Near East</i> , Londres, 1961.



Escultura fenicia de un caballero con cabalgadura y escudo (Museo del Louvre, París).